

Hegemonía, entre teoría y acción política. Entrevistas a Iñigo Errejón, Lasse Thomassen y Yannis Stavrakakis

A treinta años de la publicación de *Hegemonía y Estrategia Socialista*, publicamos en esta Ventana Social una serie de entrevistas a tres figuras destacadas del debate contemporáneo en torno a la obra de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, y de su influencia política. Tras los cambios políticos y discursivos que conllevó la irrupción de las manifestaciones anti-austeridad en muchos países europeos, y el sucesivo ascenso de partidos políticos como PODEMOS en España y Syriza en Grecia, el objetivo es indagar el valor a la vez heurístico y político del concepto de 'hegemonía', así como la conexión que se da entre teoría y praxis, entre la 'radicalización' de la democracia –en el sentido de Laclau y Mouffe– y el escenario político contemporáneo.

De la mano de estas tres personalidades –Iñigo Errejón, Lasse Thomassen y Yannis Stavrakakis– tratamos de responder una serie de preguntas centrales para este número de *Relaciones Internacionales*, y a la vez ofrecer caminos interpretativos de la realidad Europea.

IÑIGO ERREJÓN

Bio: Secretario de Política de Podemos y Portavoz del Grupo Podemos en el Congreso de los Diputados. También es investigador posdoctoral en el Instituto Complutense de Estudios Internacionales (Madrid). Entre sus temas de estudio destacan la democracia y el conflicto político, el análisis del discurso y la hegemonía, los procesos de cambio político y transformación estatal en Latinoamérica.

Entrevista realizada por Paolo COSSARINI y Ari JERREMS el 22 de Julio 2015

Pregunta: ¿Cómo nos ayuda el concepto de "hegemonía" a comprender la política actual y la situación política actual en Europa? ¿Dónde se sitúa actualmente la lucha política? ¿Cómo se relacionan los aspectos discursivos, ideológicos y materiales entre ellos? ¿Hasta qué punto el análisis teórico-normativo de la Escuela de Essex influyó, y al mismo tiempo, ayuda a comprender las percepciones políticas y la retórica de actores como PODEMOS o Syriza?

Respuesta: Creo que la principal aportación de la Escuela de Essex y de algunos de los autores que se inscriben en esta corriente es la de asumir que la política es una actividad en la que el significado y el sentido de las cosas no está dado,

sino que precisamente es el campo fundamental de batalla. Es más, el significado de los términos alrededor de los cuales se producen las identificaciones es el componente central de la disputa política; es decir, la política resultaría ser aquella actividad en la que diferentes grupos compiten por construir interpretaciones de lo real, de las causas de los problemas sociales, y también por fabricar horizontes compartidos que tengan capacidad de seducción, etc. Por tanto, la política es una actividad siempre abierta, marcada por la contingencia. Además —y con ello hablamos de hegemonía— las formas de poder hegemónico tienen como sustancia la inestabilidad: todo horizonte hegemónico es tal porque ha sido capaz de integrar a otros elementos en un orden presidido por la primacía de un sector, grupo o visión del mundo; pero es hegemónico también en la medida en que ha sido capaz de abrirse a los otros y de 'mancharse' de estos horizontes y dinámicas, y abrirles espacios. Pero si esto es así, significa que la hegemonía es un tipo de poder que funciona por un juego de aperturas y cierres: si se abre completamente se desvirtúa el proyecto —cabe todo, así que lo único que hace es trasladar el conflicto de la sociedad al interior de un actor político determinado—, si se cierra completamente es un actor que no tiene capacidad para seducir, ni de aglutinar a la sociedad alrededor de su proyecto. Esta relación inestable me parece que es lo que caracteriza al poder hegemónico.

Esto significa también que pensar la posibilidad de cambio político implica entender que todo régimen —por perfecto que sea— está sostenido sobre la inestabilidad. Aspira a construir una idea de universal para una comunidad política dada, pero esta universalidad es necesariamente incompleta, y por lo tanto, siempre se da la posibilidad de su contestación. Pero la contestación no es nunca una negación del conjunto de lo realizado, sino que es más bien una composición de una melodía diferente con las mismas notas; es decir, una rearticulación de lo existente pero dándole un sentido distinto.

Todo ello da una visión de la política que es particularmente ágil, sobre todo para momentos de cambio político acelerados, pero que se adapta también a los momentos políticos de aparente calma y dominio de lo institucional, entendido como aquel momento que ha sido capaz de congelar un determinado equilibrio de fuerzas. Incluso para estos momentos, la Escuela de Essex proporciona un enfoque de lo político muy útil. Si no hubiera sido por este enfoque y su arsenal teórico, hubiera sido difícil imaginar posibilidades políticas que parecían cerradas o inexistentes, y nos permite entrever que hay una composición diferente del campo de batalla y de disputa política.

Con respecto al concepto de hegemonía, diría que lo pienso en tres niveles. Por una parte, hegemonía como capacidad de dirección, es decir como un grupo que propone metas colectivas que son percibidas como buenas o legítimas por la mayoría, y por lo tanto, que es capaz de imprimir un rumbo. Por otra parte, entiendo la hegemonía como capacidad de producción de lo universal. Un grupo es capaz de encarnar una idea de lo universal y que su avance coincida con el avance de la sociedad. Eso siempre es inestable, es una relación nunca cerrada. En tercer lugar, hegemonía como la construcción de una cierta irreversibilidad, es decir, la de un terreno de disputa política por el cual hasta los propios adversarios del actor hegemónico le tienen que desafiar en sus términos y con sus parámetros, de tal manera que incluso si los adversarios ganan, lo hacen en el mismo terreno, merced a parecerse un poco al actor que acaban de derrotar, y por tanto ese actor ha construido un suelo mínimo. Cuando

ganan lo hacen porque aceptan precisamente ese suelo mínimo.

P.: ¿Es posible combinar un movimiento de izquierdas con pretensiones hegemónicas y la evidente pluralidad de visiones y sensibilidades de la izquierda europea? El movimiento 15-M español y PODEMOS. ¿Cómo pueden incorporarse las exigencias de una política horizontal en una estructura de partido (necesariamente vertical)?

R.: La relación entre el 15-M, o mejor dicho, el ciclo de protestas que se originó desde 2011, y PODEMOS es seguramente la pregunta que más nos han hecho. Diría, en primer lugar, que no existe la menor vinculación orgánica, ni que PODEMOS es, ni aspiró a ser, la representación política o electoral del 15-M —seguramente el 15-M no puede tener representación electoral—, pero es verdad que sin el 15-M no existiría PODEMOS. Sin el conjunto de modificaciones que introdujo el 15-M, en el sentido de los temas que introdujo en la agenda política, del conjunto de ideas que propuso, así como del movimiento defensivo que provocó en el seno de la élite política clásica (que de alguna manera envejeció rápidamente), sin todo aquello no hubiera existido PODEMOS. Con lo cual, PODEMOS es una iniciativa política que lee en el 15-M tanto el síntoma más agudo de la crisis orgánica del régimen de 1978, como la posibilidad de superarlo en un sentido de más democracia y no de menos. Y eso es importante decirlo porque, con la materia prima de la indignación ha surgido una iniciativa política de signo radical-democrático, mientras hubiera podido surgir también un actor o sujeto de tipo reaccionario. El mismo sentimiento de indignación, es decir, la frustración y rabia por la movilidad social bloqueada, por el empobrecimiento, por la situación que España ocupa en la Unión Europea, etc., con este sentimiento colectivo hubiera podido nacer también otra política, de signo reaccionario.

PODEMOS entonces es una iniciativa que lee en el 15-M, y cree que lo que es un fenómeno relativamente pequeño en términos organizativos puede jugar un papel relevante en el momento histórico en el que vivimos. De alguna manera PODEMOS se atreve a construir la casa por el tejado frente a los discursos que indicaban que había que ir acumulando lentamente fuerzas en lo social para después ir a las elecciones (adoptando aquí una interpretación de lo social que lo separa de lo político —cosa que, por cierto, no comparto y pienso teórica y políticamente falsa—). Entendiendo que eso era así, pues había gente que pensaba en el siguiente ciclo electoral, ya que este no nos cogía en las condiciones para poder concurrir. Por el contrario, PODEMOS piensa que también las elecciones son un momento de construcción de identidad política, y se ha atrevido a construir la casa por el tejado. Esto no significa que no haya habido dificultades, que claramente hemos experimentado después. En este sentido la dificultad mayor ha sido construir una organización política y al mismo tiempo correr al ritmo del ciclo político más acelerado de las últimas décadas en España. Sin embargo, a pesar de ello y gracias a una lectura de la crisis orgánica en la que vivimos —es decir crisis y desordenación de las lealtades-identidades hasta aquí tradicionales—, creímos que había la posibilidad de lanzar un discurso que interpelara a una posible mayoría transversal.

Con respecto a la demanda de horizontalidad presente en el 15-M, es evidente que eso se lleva francamente mal con la organización política. Aquí hay que distinguir dos cosas. Por una parte no hay proceso de organización que no deje descontento a alguien —los descontentos normalmente apelan a los grandes valores, tales como la horizontalidad, la democracia, etc. —, y es cierto que PODEMOS tomó una iniciativa difícil en lo organizativo

y en lo político: concurrir a un ciclo político en el corto plazo, y ello obliga a postergar o supeditar una parte de las tareas organizativas y territoriales al mismo ciclo político. Lo cual también constriñe a un encaje particular entre eficacia y democracia —una relación, por otra parte, siempre tensa—. Es una idea puramente idealista, en el peor sentido de la palabra, la idea de que democracia y eficacia se retroalimentan mutuamente —cuanto más aumentas en democracia, más eficaz eres—. Evidentemente creer eso es ingenuo, a pesar de que ambos sean dos bienes igualmente perseguibles. Hay que encontrar un equilibrio en esta relación, relación que creo, desde la izquierda se ha visto muy a menudo de una forma extraordinariamente simplificada. Lo mismo se puede decir por lo que concierne la relación entre igualdad y libertad: desde la izquierda se ha creído que conforme avanzas en un carril, avanzas en el otro. Eso, claramente, no es necesariamente así; otra cosa es si decidimos atar los dos fines éticos —lo que no quita que el encaje siempre es complicado—.

De todos modos, volviendo a PODEMOS, este año hemos hecho una apuesta que ha priorizado el ritmo de lo electoral e institucional, y sus ritmos los marca el adversario que tiene más poder. Eso conlleva sus riesgos, y es evidente que a otros no les pasa como a PODEMOS que tiene una desventaja organizativa y que, en sentido figurativo, tiene que atarse los cordones mientras va corriendo.

Con respecto a la cuestión de la pluralidad de la izquierda, creo que la pluralidad siempre es buena, pero también creo que la pluralidad de las fuerzas transformadoras o progresistas en España es el resultado de la derrota y de la incapacidad. Es decir, no crecen las iniciativas de izquierdas porque crezca su poder, sino que eso tiene que ver con la inoperancia del conjunto de las alternativas políticas que existen, de tal manera que la gente hace una elección que yo definiría como “expresiva” —es decir, yo como ciudadano me identifico y posiciono donde me siento más a gusto, reconocido, y de acuerdo con las ideas y los valores de los diferentes actores políticos—. Cuando hay un cambio, por el contrario, hay actores que consiguen ubicarse en la posición de ser el articulador de un conjunto muy plural y que hace, digamos, de núcleo irradiador. Un núcleo irradiador que se “mancha” de aquello con lo que se alía y articula, de tal manera que se mezcla con el resto de los actores políticos a los que va atrayendo hacia un horizonte compartido y un modelo organizativo compartido. Todos los procesos de cambio son procesos en que se solapan muchas fuerzas, pero hay algunas que tienen más capacidad de atracción y de articular en torno a sí un bloque histórico diferente.

P.: ¿Qué posibilidades de cambio y/o riesgos de estancamiento existen al combinar disputas hegemónicas/discursivas con la vida y estructura de un partido político?

R.: Estamos en Europa, y las instituciones funcionan bien. Eso significa que sirven básicamente para atrapar, normalizar, homogeneizar todo aquello que entra en ellas —y eso siempre ha sido su función histórica—. Ello tiene un lado positivo, es decir, ofrece seguridad y certeza, además de servicios a los ciudadanos. Pero, a cambio, eso limita las posibilidades de transformación y de cambio en el seno de las instituciones mismas. Sin embargo, hay que entender las instituciones también como un campo de batalla, con sus inercias —como por ejemplo las instancias burocráticas, presupuestarias, los poderes no políticos con capacidad de influencia etc. — y a menudo hay que luchar contra estas inercias. En la lucha política por el cambio, hay momentos épicos y momentos menos épicos. Es evidente que los momentos épicos —

pensemos en la toma de la Bastilla, del Palacio de Invierno, etc.— tienen su importancia, sobre todo en cuanto momentos en los que se abre la posibilidad de cambio. Y sin embargo los momentos, por así decirlo, menos épicos son fundamentales, ya que son los que producen orden. Y ahora estos momentos coinciden con las formas electorales. En este contexto hay que tener en cuenta que el tipo de cambio político tiene sus propios ritmos. La gente hoy día no quiere cambios bruscos —que se legitiman sola y únicamente cuando todas las demás posibilidades están descartadas—. Hay que ofrecer una posibilidad de cambio, pero dentro de los ritmos democráticos, y en particular dentro del sistema representativo-parlamentario.

Ahora bien, en este contexto parece haber una contradicción entre la hipótesis que PODEMOS se fija y cómo se articula la representación. PODEMOS se construye de manera fundamentalmente plebiscitaria. Lo que hace es asumir que las élites tradicionales se parecen todas entre sí, las cuales además, aún teniendo diferencias internas, tienen una diferencia mucho mayor con respecto a la gente, y por tanto hace una enmienda a la totalidad —algo así como “¡Que se vayan todos!”— en forma de contienda electoral. Pero el sistema parlamentario tiene sus diques, sus contrapesos y canales que hacen que, en forma de metáfora, la ola del cambio no pueda superar de un solo golpe el dique. Por lo tanto una parte del cambio sí que puede ser canalizada, mientras otras instancias transformadoras quizás no puedan entrar o se vean rechazadas. Es un sistema complejo y diversificado que ayuda a dispersar la voluntad de cambio, o bien a obligarla a compromisos. El “¡Que se vayan todos!” inicial, es decir, tiene que enfrentarse a una investidura parlamentaria y de gobierno. En este sentido el sistema parlamentario ofrece más apertura al principio para la entrada de nuevos actores —y eso que el sistema electoral español tiene un sesgo que lo dificulta— pero una vez que entras funciona de tal manera que las fuerzas del cambio se vean forzadas al compromiso, y al final de este proceso las fuerzas del cambio acaban pareciéndose un poco a los actores que querían desbanicar.

Luego hay otro problema, que tiene raíces históricas: el problema de los cuadros. Es legítimo preguntarse ¿de dónde sale la gente con la capacidad humana, intelectual, de formación, de temple, de experiencia para dirigir procesos de transformación, cuando todo lo que han aprendido las élites contemporáneas son saberes ‘resistenciales’? Además los sectores progresistas han perdido peso intelectual, cultural y estético en los últimos treinta años. Han perdido también capacidad de enamorar a sectores de la intelectualidad orgánica del estado y de la sociedad. Y si pensamos que el activismo civil surgido gracias al 15-M ya estaba en reflujó en el último año, había que crear una fuerza organizada para no perder esa potencia transformadora.

P.: España, Grecia y el contexto europeo. ¿Cómo podemos enmarcar los conflictos políticos (y democráticos) en el contexto de la globalización donde parece que hay una desconexión entre diferentes niveles de gobierno, participación y toma de decisiones (pensando en el caso griego)? ¿Realmente hay alguna posibilidad de desarrollar una alternativa política a nivel estatal considerando la restricción impuesta por otras fuerzas gubernamentales (financieras, otros niveles de gobierno, etc.)?

R.: En política los problemas son los de siempre. Consideremos por ejemplo el problema de la revolución en un solo país *versus* revolución a nivel mundial. El problema es que el espacio

en el que un actor político puede aspirar a un cambio que no favorezca las elites oligárquicas o financieras parece ser el del estado nación. Y sin embargo esta escala es marcadamente insuficiente, ya no digo para una transformación muy grande, sino incluso para la única disyuntiva en Europa que es representada por, o bien la continua regresión oligárquica, o bien la posibilidad de un *New Deal* europeo. ¡Y fijaos qué modesto es lo que está encima de la mesa! Ahora bien ¿este *New Deal* europeo se puede empujar desde un solo estado? La contradicción política por tanto es que se puede construir voluntad política de signo democrático en el seno del estado-nación, y sin embargo esta escala estatal es insatisfactoria para enfrentarse a los poderes supranacionales —así como hemos visto en Grecia en los últimos tiempos—.

Con respecto al ejemplo de Grecia, hubo un gran número de analistas que, tras el mal acuerdo —dolorosísimo acuerdo— de Tsipras, llegaron a la conclusión de que el reformismo es imposible en el contexto actual. Sin embargo hay que tener presente que esta es una conclusión tranquilizadora. En Grecia lo que se hizo fue castigar, sobre el cuerpo de los griegos, la posibilidad de que haya cambio político en otros sitios. Y en este sentido la socialdemocracia europea, apoyando las instancias burocráticas comunitarias, lo que hace es suicidarse como proyecto histórico alternativo al de los conservadores, haciendo un daño descomunal al proyecto de integración europeo y, evidentemente, a las condiciones de vida de los ciudadanos.

Por tanto me parece que se trata de avanzar dentro de unos límites estrechos, pero que tienen una dimensión evidentemente europea. En el caso latinoamericano, por ejemplo, hemos visto cómo se produjo, en primer lugar, una suma de conquistas del poder en cada país, y sólo después se alcanza una integración a base de acuerdos bilaterales, no porque se hubiera forjado previamente una sociedad civil latinoamericana como tal. Los espacios políticos, económicos y culturales comunes han surgido a partir de este proceso. Es posible que en Europa veamos una cosa parecida. Por desgracia, vivimos bajo el dictamen de la temporalidad: cuando se gana, no se gana en todos los sitios a la vez.

Dicho lo cual, la situación en Europa es preocupante. El proyecto de integración europeo vivía de la idea que llegó a transmitir que era el proyecto político más seductor a nivel mundial. Era el proyecto que se presentaba como el lugar del mundo donde más se había avanzado en términos de pluralismo y libertad, de desarrollo económico y a la vez en términos de protección social. Un proyecto que brillaba y al que muchos países miraban. Ahora ya no es así, y Europa ha perdido la capacidad de enamorar —y con ello no me refiero a la Europa como mito, sino a la Europa realmente existente—. Además ha ido dando pasos en una dirección ciega, construyendo una unión monetaria sin unión fiscal y sin los mecanismos políticos para poder gobernar este espacio. En este contexto el centro de Europa marca el rumbo, un rumbo que es muy dañino para las periferias. Además, tal y como lo veo yo, Europa podría estar acercándose a un callejón sin salida, en el que podría coexistir una unión formal, financiera, con procesos de desmocratización y cierre autoritario a nivel de estados —propiciando una situación de creciente vulnerabilidad para sus pueblos—, o por el contrario se podría abrir un proceso de reforma y transformación de la Unión Europea en el que los diferentes gobiernos nacionales sean capaces de reequilibrar la situación, aunque es verdad que el panorama es desolador. Cabe destacar aquí que la gran coalición socialdemócratas-conservadores está empujando a la población europea al cinismo y al euroescepticismo.

Y ello porque cierra la posibilidad de que haya políticas sustancialmente diferentes en las instituciones, impidiendo también la identificación de los ciudadanos con la democracia y el proyecto europeo.

Detrás de todo ello se esconde también la posibilidad del fascismo. No ya el fascismo a los años treinta, digamos *squadrista*, con una movilización totalitaria, pero sí que cabe la posibilidad de recuperar parte del espíritu reaccionario de aquel período. Pensemos por ejemplo en la derecha que defiende desde posiciones comunitaristas la soberanía nacional. La izquierda, por su lado, no tiene que regalar la defensa de los pueblos europeos a los sectores reaccionarios, ya que podríamos llegar a una fractura en la que el proyecto europeo les gustara solamente a unas élites económicas y culturales liberal-progresistas y de marcado carácter cosmopolita, mientras los sectores más vulnerables, los perdedores de la crisis, viven circunscritos a las fronteras del estado-nación y si éste no les procura la protección suficiente, acaban criticando la actitud de sus gobernantes frente a Europa exigiéndoles una desconexión mayor.



LASSE THOMASSEN

Bio: Senior Lecturer en la Queen Mary University de Londres. Ha recibido su doctorado en Essex, en el programa de Ideología y Análisis de Discurso, y fue Investigador García Pelayo en el Centro de Estudios Políticos y Constitucionales de 2008 a 2011. Actualmente trabaja temas de democracia radical, política de identidad, representación política, y ha publicado dos monografías sobre Jürgen Habermas.

Traductor: Pablo MUÑOZ

Pregunta: Cómo nos ayuda el concepto de “hegemonía” a comprender la política actual y la situación política actual en Europa? ¿Dónde se sitúa actualmente la lucha política? ¿Cómo se relacionan los aspectos discursivos, ideológicos y materiales entre ellos?

Respuesta: Entiendo la hegemonía en el sentido postmarxista de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, y asumo la hegemonía como constitutiva de lo social y, por tanto, un aspecto fundamental de la política. En *Hegemonía y Estrategia Socialista*, Laclau y Mouffe definieron hegemonía en términos de articulación:

“Llamaremos *articulación* a toda práctica que establece una relación tal entre elementos, que la identidad de éstos resulta modificada como resultado de esa práctica. A la totalidad estructurada resultante de la práctica articuladora la llamaremos *discurso*”¹.

Hegemonía como articulación es una categoría general para comprender la política; parafraseando

¹ N.d.T.: La traducción de este párrafo lo hemos tomado prestado de la edición de MOUFFE, Chantal y LACLAU, Ernesto, *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2004, ps. 142-3.

seando el título del último libro de Laclau, podríamos hablar de "los fundamentos hegemónicos de la sociedad".

Hay varios aspectos que me gustaría resaltar aquí. Primero, está claro que la hegemonía es performativa. La articulación hegemónica precisamente *articula*. Y, segundo, lo hace al establecer nuevas relaciones, al situar un "elemento" en un nuevo contexto, modificando así la identidad del elemento y las relaciones entre los elementos o, lo que es lo mismo, el contexto. Cuando hablamos de enfoques post-estructuralistas como el de Laclau y Mouffe, a menudo hablamos sobre cómo se constituye el significado a través de las relaciones de diferencia, pero también podríamos decir que, simplemente, el significado es relacional o contextual y, como consecuencia, que podemos concebir la hegemonía (como articulación) como la modificación de relaciones o contextos. Y, en el proceso de articulación, ni los elementos individuales ni las relaciones, tampoco el contexto, permanecen iguales. El tercer aspecto que me gustaría resaltar aquí es la relación entre elementos y momentos. En *Hegemonía y Estrategia Socialista*, Laclau y Mouffe distinguen entre elementos y momentos, donde los primeros pueden entenderse como significantes flotantes (toda diferencia no articulada discursivamente²) y los últimos como diferencias "articuladas en un discurso"³. Sin embargo, también está claro que no hay elementos ni momentos puros⁴. Los elementos puros no serían más que una distorsión, y quizá ni eso. Los momentos puros solo serían posibles si algo como una totalidad discursiva cerrada y fija fuera posible, y esto es una posibilidad que Laclau y Mouffe niegan a través de nociones tales como antagonismo, dislocación y heterogeneidad. Cualquier diferencia es, por tanto, al mismo tiempo elemento y momento. No puede haber una diferencia que no esté articulada en modo alguno y ninguna diferencia puede articularse de una sola forma. De esto se deduce que no hay articulación sino solo desarticulación y rearticulación. Una articulación hegemónica es aquella que articula elementos extrayéndolos de sus relaciones existentes e insertándolos en nuevas relaciones. Si ese fuera el caso, se deduce entonces que la hegemonía siempre es contra-hegemónica en el sentido de que, en un campo o discurso cualquiera⁵, siempre habrá más de un intento de articular elementos y relaciones —siempre habrá más de un discurso disputando la hegemonía—. Sin duda, un discurso determinado puede ser hegemónico en el sentido de dominante, pero incluso en ese momento, el cierre es imposible.

Es importante tener estas cosas en cuenta porque supone que la hegemonía es un proceso con final abierto pero también un proceso donde las posibilidades siempre son, hasta cierto punto, cerradas. La tarea analítica, por tanto, supone trazar cuidadosa y progresivamente las vías en que se abren y cierran posibilidades, y las vías en que abrir ciertas posibilidades signifique cerrar otras. En este sentido, el análisis hegemónico tiene un aspecto genealógico para ello. El resultado político es que la hegemonía es el arte de lo posible, pero también consiste en hacer posible en un futuro lo que es imposible aquí y ahora.

Por tanto, la izquierda debe aprender a crear hegemonía. Por supuesto, a ciertos nive-

² *Ibidem*, p. 143

³ *Ibid.*, p. 145. N.d.T.: el énfasis es mío

⁴ *Ibid.*, ps. 150-51

⁵ *Ibid.*, p. 151

les, todo el mundo crea hegemonía entendida como articulación, pero existe una sensación de que, a lo largo de las últimas décadas, la derecha ha estado más versada en hegemonía, y aquí me refiero tanto a la derecha populista como a la derecha neoconservadora/neoliberal. *Hegemonía y Estrategia Socialista* fue escrita, entre otras razones, como respuesta al éxito de Reagan y Thatcher en crear una nueva formación hegemónica a comienzos de la década de los ochenta. Hoy día, en el Reino Unido, George Osborne⁶ —aquí uso “Osborne” como abreviación para simplificar un discurso mucho más complejo— ha sido excepcionalmente hábil en convertir lo que parecía ser la ocasión favorable para una respuesta socialdemocrática la crisis, en una oportunidad para introducir una agenda de austeridad neoliberal sin precedentes. En resumen, crear un nuevo sentido común que permee tanto las instituciones de la sociedad como nuestro día a día. Esto último es importante para comprender la situación actual en Europa: la hegemonía no trata solo de ideas, instituciones financieras o éxito electoral; también de los hábitos y el sentido común que empapa nuestro día a día y las relaciones con otras personas.

P.: ¿Hasta qué punto el análisis teórico-normativo de la Escuela de Essex influyó, y al mismo tiempo, ayuda a comprender las percepciones políticas y la retórica de actores como PODEMOS o Syriza?

R.: A menudo Syriza y PODEMOS son mencionados a la vez. Hay buenas razones para ello, pero también hay diferencias importantes. En la situación actual, puede parecer natural ver a Syriza y PODEMOS como aliados políticos, principalmente por su populismo y su oposición a la austeridad. Sin duda, también se les agrupa debido a su éxito relativo. Sin embargo, en términos históricos y políticos, Syriza estaba mucho más próxima, al menos hasta ahora, a Izquierda Unida (IU). Al igual que IU, Syriza era una coalición de partidos pequeños y grupos de izquierda y, como IU, no han rehuído de la etiqueta “izquierda”. Y antes de que PODEMOS emergiera en el escenario político, fue a IU y Alberto Garzón a quienes Alexis Tsipras visitó en Madrid.

En relación a la escuela de Essex y Syriza, el vínculo no es tan fuerte como se postula a veces. Sí, algunos miembros de Syriza han pasado por el Programa de Ideología y Análisis del Discurso en la Universidad de Essex y conocen a Laclau y Mouffe, pero sobre todo, Syriza emergió de los debates en la izquierda griega. Dicho esto, hay análisis importantes de Syriza hechos por investigadores que trabajan en el marco de la Escuela de Essex, por ejemplo Yanis Stavrakakis y Giorgos Katsambekis.

En relación a PODEMOS, la cuestión es muy diferente. Desde el principio, miembros clave de PODEMOS —sobre todo Íñigo Errejón— reflexionaron sobre la crisis española, los indignados y la situación europea desde el punto de vista de la teoría de la hegemonía, y se apoyaron en la experiencia latinoamericana de populismo de izquierdas donde el trabajo de Laclau ha sido extraordinariamente influyente. Por tanto, en el caso de PODEMOS, la teoría de la hegemonía fue aplicada y usada conscientemente para diagnosticar una situación y luego intervenir en ella. Podemos es un ejemplo de manual de populismo de izquierdas à la Laclau y Mouffe, con la pequeña pero importante excepción de que PODEMOS evita la etiqueta “izquierda”.

⁶ N.d.T.: Se está refiriendo a George Osborne, Canciller de Hacienda desde el año 2010.

La teoría del discurso y la teoría de la hegemonía de la Escuela de Essex se han propagado desde los salones de la academia al discurso y práctica política de una forma poco elaborada. A pesar de ello, se podría usar también el enfoque de la Escuela de Essex para analizar los discursos de Syriza y PODEMOS. Por ejemplo, se podría usar la teoría del populismo de Laclau para analizar la forma en que Syriza ha redibujado la frontera antagónica entre memorándum y anti-memorándum como una frontera entre lo viejo y lo nuevo.⁷ O se puede usar la noción de significante vacío para analizar la forma en que PODEMOS ha usado a Pablo Iglesias como figura unificadora y pantalla en la que diferentes sectores de la sociedad española pueden proyectar sus demandas —y la forma en que Iglesias pasó de ser el hombre más enfadado de España a una gran sonrisa durante la pasada campaña de las elecciones generales—.

P.: ¿Qué ventajas teóricas y políticas hay en interpretar la realidad a través de los conceptos desarrollados por la Escuela de Essex tales como populismo, democracia agonística, hegemonía, etc.? ¿Cómo está articulada esta influencia en el análisis teórico y la praxis política?

R.: Cuando fue publicado en 1985, *Hegemonía y Estrategia Socialista* fue una aportación teórica y política. Una contribución a los debates dentro del y en torno al marxismo, y la mitad del libro está constituida por una genealogía del modo en que la tradición marxista entendió el concepto de hegemonía. También fue un aporte político, cuyo contexto fue el auge del neoconservadurismo y las dificultades de la izquierda consolidada para dar sentido a nuevas formas de activismo político y políticas de identidad. A pesar de que el texto se centra en el concepto de hegemonía, también destaca la estrategia socialista y, parafraseando el título del libro, el importante capítulo final propone una estrategia socialista alternativa desde el punto de vista de una política radical democrática.

Mientras que *Hegemonía y Estrategia Socialista* fue una aportación en varios debates determinados, y que se entiende mejor si se tienen en cuenta estos debates, el libro también fue un intento de articular una teoría de la política más general. Esta teoría general de la política sería elaborada y desarrollada en trabajos posteriores de Laclau y Mouffe.

A la hora de usar la teoría de la hegemonía y sus diferentes componentes conceptuales, hay que tener en cuenta que una teoría no puede ser aplicada así como así. La idea general de aplicar una teoría presupone que no se modifica la teoría o el objeto al que se aplica. Sin embargo, esto procede de la concepción post-estructuralista de significado que subyace en la teoría de la hegemonía, que cuando una teoría “es aplicada”, de hecho, se articula. Esto es así porque la teoría y el objeto al que se “aplica” se unifican en una nueva relación *vis-à-vis* entre ellos. La teoría y el objeto se constituyen también a través de la “aplicación” de la teoría sobre el objeto. Se podría decir que no hay aplicación teórica sin desarrollo teórico. Por dar algunos ejemplos: se podría pensar que un discurso no se caracteriza por un significante vacío, sino por varios significantes más o menos vacíos que compiten y se refuerzan entre ellos, y como resultado se debería hablar del desequilibrio de la cadena de equivalencia; o podría ser que la noción de puntos nodales (según *Hegemonía y Estrategia Socialista*) es mejor para esclarecer

⁷ N.d.T.: El entrevistado se está refiriendo a los comúnmente conocidos como “Programas de Rescate” de la república helena.

la estructura de ciertos discursos que la noción de significantes vacío (según la *Emancipación y diferencia*⁸ de Laclau). Por tanto, se abren varias posibilidades para el investigador que analiza una situación política y para el activista político que busca intervenir y transformar una situación política. Lo importante es no asumir la teoría de la hegemonía como una suerte de ortodoxia, sino tratarla como un cuerpo vivo de conceptos.

P.: ¿Es posible combinar un movimiento de izquierdas con pretensiones hegemónicas y la evidente pluralidad de visiones y sensibilidades de la izquierda europea? El movimiento 15-M español y PODEMOS: ¿Cómo pueden incorporarse las exigencias de una política horizontal en una estructura de partido (necesariamente vertical?) ¿Qué posibilidades de cambio y/o riesgos de estancamiento existen al mezclar disputas hegemónicas/discursivas en la vida de un partido político?

R.: Syriza ha mostrado que no existe una oposición necesaria entre unidad y diferencia, por ejemplo, obligando a aceptar los derechos para los homosexuales. En este sentido, hay un buen ejemplo de lo que Laclau y Mouffe denominaron democracia *plural* y radical en *Hegemonía y Estrategia Socialista*. Dicho esto, hegemonía sí implica algún elemento de unidad. Sin algo de unidad —sin la creación de algo de homogeneidad— no puedes tener sociedad o comunicación. En términos teóricos esto se hace a través de la creación de equivalencia, pero equivalencia no es identidad, y siempre hay una tensión entre identidad y diferencia en la cadena de equivalencia. Esta tensión es una expresión del fracaso de cualquier identidad colectiva —o cualquier discurso— al cerrarse sobre ella misma. Se expresa en la idea de Mouffe de democracia agonística como un consenso conflictivo donde la unidad consiste en un consenso en torno a los valores de libertad e igualdad para todos, y donde el conflicto gira en torno a las diferentes interpretaciones de estos valores —y, añadiría, estos conflictos colman todas las expectativas—.

Cuando fue publicado, muchas críticas a *Hegemonía y Estrategia Socialista* lo interpretaban como una defensa de la fragmentación posmoderna. Fue así porque solo podían entender la unidad en términos de esencia de clase predada mientras que Laclau y Mouffe insistían en la necesidad de articular esta unidad (en otras palabras, apuestan por el carácter hegemónico o articulado de esta unidad). A día de hoy, la crítica desde el lado de la post-hegemonía, en la línea de Hardt y Negri⁹, es que la hegemonía —y, *a fortiori*, el populismo— implica la imposición de unidad donde hay, y debería haber, singularidad. Mi posición en este punto es decir que hay una tensión necesaria entre identidad y diferencia; esta es también la postura que se muestra en *Hegemonía y Estrategia Socialista*¹⁰. Marina Prentoulis y yo nos hemos dedicado a este debate en el contexto de los indignados españoles y de los *aganaktismenoi* griegos, usando la pareja conceptual de autonomía y hegemonía y, en este momento, Alen Toplišek y yo estamos observando las protestas eslovenas y el partido *United Left* desde la perspectiva de la horizontalidad y la verticalidad. Pensar en términos de tensiones me parece una estrategia analítica mucho más fructífera.

⁸ Barcelona, Ariel, 1996.

⁹ N.d.T.: *Commonwealth. El proyecto de una revolución del común*, Akal, Madrid, 2011, pp. 165-78

¹⁰ por ejemplo, pp. 182-183

La forma en que entendemos la relación entre diferencia e identidad, entre autonomía y hegemonía y entre horizontalidad y verticalidad tiene implicaciones en cómo entendemos a PODEMOS. Si la representación es constitutiva, y si hay siempre varios elementos de hegemonía y verticalidad, entonces no se puede ver en PODEMOS como algo simplemente opuesto a los indignados, como lo es la hegemonía con la autonomía o como la verticalidad respecto a la horizontalidad. Al contrario, deben verse como enclaves discursivos donde la tensión entre autonomía y hegemonía y entre horizontalidad y verticalidad, se articula de diferentes formas —y se mantiene—.

Decir que la representación es constitutiva no es una justificación para una forma de política jerárquica. De la misma manera que no hay autonomía sin hegemonía, ni horizontalidad sin verticalidad, lo mismo ocurre en el caso contrario. Quizá parte de la desafección e insatisfacción con (y en) PODEMOS tiene que ver con el hecho de que algunos lo veían como el partido del 15-M y los indignados, mientras que lo que PODEMOS hizo fue intervenir en una situación que había sido dislocada (más aún) por el 15-M, pero donde un sentimiento de subjetividad política (un sentimiento de "¡Sí, podemos!") también emergió. Creo que uno de los principales desafíos para PODEMOS —y Syriza, en Grecia— es mantenerse conectados con el activismo fuera del sistema político más formal y fuera de la política mediatizada de los principales medios de comunicación. Hay en esto un motivo normativo porque alimenta un movimiento social y político más vibrante y evita la burocratización. Y también hay una razón estratégica simple: porque debido a que un discurso populista descansa en una politización constante del campo político, PODEMOS necesita politizar la sociedad y las subjetividades. Esto se hace mejor si la politización a través de los principales medios de comunicación está conectada a las luchas y preocupaciones diarias.

P.: España, Grecia y el contexto europeo. ¿Cómo podemos enmarcar los conflictos políticos (y democráticos) en el contexto de la globalización donde parece que hay una desconexión entre diferentes niveles de gobierno, participación y toma de decisiones (pensando en el caso griego)? ¿Realmente hay alguna posibilidad de desarrollar una alternativa política a nivel estatal considerando la restricción impuesta por otras fuerzas gubernamentales (financieras, otros niveles de gobierno, etc.)?

R.: El caso de Grecia y Syriza ha mostrado que el populismo de izquierda en un país es muy difícil, si no imposible. Esas dificultades, por otro lado, no deberían llevar al derrotismo. Al contrario, tenemos que intentar articular una izquierda populista europea. Aquí "europea" puede referirse únicamente a la Unión Europea, debido a la necesidad de un compromiso con y por las instituciones europeas, pero no debería limitarse solo a la UE —la actual crisis de refugiados muestra los peligros de hacer esto—. Syriza ha intentado iniciar este proceso y se han creado conexiones que sobrepasan las fronteras estatales, pero será un proceso largo y difícil. Sin embargo, si la izquierda no hace esto, cederá el terreno de "Europa" y "la Unión Europea" a las fuerzas neoliberales que actualmente la dominan. Por tanto, esta es la tarea: articular un proyecto de izquierdas (populista) para Europa, y añadiría además, la importancia de que estos movimientos permanezcan a su vez, vinculados a las luchas nacionales y subnacionales. Precisamente la tarea consiste en conectar cuestiones y luchas locales, nacionales y supranacionales.



YANNIS STAVRAKAKIS

Bio: Profesor de ciencia política en la Universidad Aristóteles de Tesalónica. Es un miembro destacado de la llamada Escuela de Essex, y conocido principalmente por sus investigaciones que compaginan teoría psicoanalítica y análisis del discurso político. Entre sus publicaciones, cabe mencionar *Lacan and the Political* (1999) y *The Lacanian Left* (2007)

Traductora: Sofía HAWARNI GARCÍA

Pregunta: ¿Cómo nos ayuda el concepto de “hegemonía” a comprender la política actual y la situación política actual en Europa?

Respuesta: Ya en tiempos de Gramsci, la hegemonía surgió como una herramienta eficaz con la que representar el complejo marco teórico y de múltiples dimensiones en el que operan las causas políticas y donde se producen las consecuencias políticas. Evidentemente, Gramsci no ha ofrecido una conceptualización clara y definitiva de hegemonía, pero podemos deducir de su trabajo que el concepto se utiliza principalmente para referirse a la estructuración y organización del consenso. Así, el poder opera de manera más efectiva cuando consigue estructurar el significado común de nuestra realidad social a través de prácticas y mecanismos que conforman nuestro sentido común y constituyen la espina dorsal del marco cultural de una comunidad y de modelos de comportamiento sociopolítico. Esta perspectiva supuso un cambio importante dentro del pensamiento político radical, no solo más allá del reduccionismo económico y de clase, sino también más allá de lo que Foucault —en el primer volumen de su *Historia de la sexualidad*— llamaría la “hipótesis represiva”. Este cambio culminó en la redefinición de las políticas hegemónicas llevada a cabo por Ernesto Laclau y Chantal Mouffe como políticas antagónicas de representación, las cuales operan básicamente a través de la articulación discursiva y la dislocación, construcción y deconstrucción. Desde la publicación hace treinta años de *Hegemonía y Estrategia Socialista*, esta visión sobre la hegemonía ha influido considerablemente en una variedad de disciplinas, incluido el estudio de las identidades políticas y sociales, ciertas investigaciones sobre el populismo y los estudios culturales. Y aun así, hay novedades recientes tanto en la política como en la teoría que, supuestamente, han cuestionado este acercamiento a la hegemonía. Lo que se ha puesto en cuestión aquí es, en primer lugar, la relación entre consenso y coerción. En segundo lugar, esto se ha traducido en un juego de suma cero entre el poder hegemónico (que opera principalmente a través de la representación y el discurso, a través de la organización del consenso) y el poder biopolítico. Contra este posicionamiento, ha surgido un rechazo de la teoría de la hegemonía, especialmente como la formularon Laclau y Mouffe, en lo que se presenta como un argumento a favor de la “poshegemonía”¹¹. El gran interés por el trabajo de filósofos clásicos como Spinoza y teóricos contemporáneos como Foucault, Agamben, Deleuze y Negri ha condicionado un cuestionamiento desde la biopolítica del papel que tienen discurso y representación, planteando dudas sobre el estatus del propio concepto de

¹¹ Para una presentación y crítica detallada de esto, ver STAVRAKAKIS, Yannis, “Hegemony or Post-hegemony?: Discourse, Representation and the Revenge(s) of the Real” en KIOUPKIOLIS, Alexandros y KATSAMBEKIS, Giorgios (eds.), *Radical democracy and Collective Movements Today: The Biopolitics of Multitude Versus the Hegemony of the People*, Farnham, Ashgate, 2014, ps. 111-132.

hegemonía. Haciendo hincapié en la supuesta inmediatez de la biopolítica y la afectividad, en los últimos diez años, algunos teóricos como Richard Day, Scott Lash y Jon Beasley-Murray han cuestionado “la hegemonía de la hegemonía”: en el caso del primero, rechazando el concepto de hegemonía como una matriz teórica y analítica útil para entender la política contemporánea; en el caso de los otros dos, intentando simplemente desterrar “hegemonía” del vocabulario propio del análisis y la teoría política, tanto retroactiva como proactivamente.

Sin embargo, se debería decir claramente desde el principio que, incluso en Gramsci, la coerción no está ignorada —lo cual sería realmente extraño dados los muchos años que pasó en la cárcel—. De hecho, se podría decir que uno de los puntos fuertes de Gramsci es que subrayó la importancia de los lazos entre consenso y coerción: el consenso se puede extraer a la fuerza. Esto es algo que también se ve en el trabajo de Althusser, en quien Gramsci claramente influyó, cuando introduce las diferencias y los vínculos entre los aparatos represivos e ideológicos del estado.

Y aun así, y dando un paso hacia el análisis de casos concretos, no cabe duda de que incluso las políticas de supuesto consenso de la Unión Europea se están transformando cada vez más en políticas de chantaje, extorsión y nihilismo brutal. La implementación de la austeridad en Grecia, por ejemplo, durante la primera fase de la crisis, ha incluido y ha confiado en su significativo envoltorio, su adorno con un significado ideológico capaz de asegurar un mínimo de acuerdo hegemónico —uno basado incluso en el miedo, las culpas, los dogmas moralistas—. Sin embargo, en los últimos años (al menos hasta las elecciones de enero de 2015) se han visto señales que parecen indicar la llegada de una nueva fase. Poco a poco se ha parado de tomar decisiones en nombre de cualquier fundamento significativo, y así se ha ido perdiendo interés en el consenso —incluso a través del miedo y la extorsión—. Lo que queda entonces es su imposición brutal, un superego en su forma más sádica y vengativa, puro decisionismo. Un ejemplo emblemático en este sentido fue la decisión, en junio de 2013, de cerrar ERT, la radiotelevisión pública griega. La violenta, inesperada y total ida a negro de las pantallas, el despido de cientos de personas y la eliminación de un medio de comunicación con un cierto enfoque (aun mínimamente) crítico, conmocionaron a la comunidad internacional y provocaron una reacción popular —con carga afectiva— instantánea y una crisis política importante. En general, muchas veces la gente sentía que el único objetivo de implementar estas políticas era su simple implementación: la producción del sufrimiento.

Y así y todo, ¿tal operación de poder y dominación sin capacidad de ofrecer significado indica un giro hacia una era post-hegemónica donde el poder se convierte en puramente biopolítico, operando más allá de cualquier proceso de significación política, de la representación y de la hegemonía? ¡Yo no lo creo! ¿Qué ocurriría si un ejercicio tan brutal del poder pretendiera finalmente funcionar como una señal superior de fuerza, de hegemonía? Lacan ha demostrado elocuentemente cómo una agresividad cruda opera a menudo amparada por la virtud de la fuerza. En términos althusserianos ligeramente alterados, al revelar la pobreza de los aparatos ideológicos del estado contemporáneo, la crisis obliga a esa misma represión a adquirir un significado ideológico y representacional. De hecho, la propia distinción pierde su pureza: en el límite, tal como Althusser ha formulado, no existe ningún aparato puramente represivo. Solo registrando la vinculación mutua y constitutiva entre consenso y coerción, entre poder simbólicamente mediado y supuestamente des-mediado, entre agonismo y antagonismo

(usando el vocabulario de Mouffe), podemos realmente dar sentido a las luchas políticas contemporáneas. Hoy día, la teoría de hegemonía implica así una apuesta por la hegemonía que incorpore sus elementos biopolíticos y/o coercitivos. Es también una teoría de la hegemonía que se ha vuelto cada vez más consciente de la importancia psicosocial de la afectividad en la emergencia y cristalización de las representaciones discursivas. A través del interés diacrónico de Mouffe en el papel que tienen las pasiones en la identificación colectiva, así como a través del compromiso de Laclau con Freud y Lacan en la inversión afectiva y las políticas de *jouissance*, se han ido constituyendo también como una *teoría afectiva de la hegemonía*.

P.: ¿Hasta qué punto el análisis normativo-teórico de la escuela de Essex influenció y, al mismo tiempo, ayudó a entender las percepciones políticas y retóricas de actores como PODEMOS y Syriza?

R.: Antes que nada, hay que recordar que la experiencia política y el compromiso político activo siempre han sido la inspiración principal de la trayectoria teórica de Laclau. Está claro, por ejemplo, que el desencadenante de su interés en el populismo como su adopción de la teoría hegemónica fue la experiencia del peronismo en Argentina. En algunas entrevistas ha explicado cómo la ruptura del peronismo ha hecho redundante cualquier referencia a una interpretación marxista estándar de la vida política y cómo el activismo político en Buenos Aires en los años sesenta influyó en su posterior interés por Althusser, Lacan, Derrida, etc.

Este fue, sin duda, un movimiento en dos sentidos. Intentando una reactivación desde la izquierda de las fuentes de inspiración de Laclau (peronismo), los gobiernos populistas latinoamericanos se han inspirado en su trabajo. Laclau, por su parte, ha celebrado —aunque nunca idealizado— la interrupción de la hegemonía neoliberal y el “retorno de la pueblo” a la que algunos de estos gobiernos representaban. Además, un escenario similar se está desarrollando en el terreno europeo. No es una coincidencia que en su programa, esbozado por sus líderes Kipping y Riexinger, el partido alemán *Die Linke* acabe de respaldar una vuelta hacia el “populismo de izquierdas”. Al mismo tiempo, PODEMOS también ha adoptado abiertamente una estrategia “populista”: Pablo Iglesias, uno de sus líderes más importantes —y, de hecho, su Secretario General—, modera debates televisivos en torno a las teorías de Laclau sobre hegemonía y populismo; al mismo tiempo, Íñigo Errejón, otro de sus líderes, es coautor junto a Chantal Mouffe de un interesante libro publicado en 2015. Este compromiso mutuo entre las ciencias sociales y el ámbito público, entre la teoría política y la práctica, no es nada nuevo, sin duda. Constituye un ejemplo de lo que Giddens ha formulado en términos de “doble hermenéutica”. Lo que es relativamente novedoso es que, al contrario de la mayor parte de las confluencias entre el discurso académico y el político, la teoría de Laclau se alinea con movimientos populares radicales y democráticos, ofreciéndoles potentes herramientas teórico-políticas para que formulen su estrategia y desactiven su demonización como “populistas” peligrosos e irresponsables.

Habiendo dicho esto, se debe recalcar que el caso de Syriza es ligeramente diferente del de PODEMOS, aunque algunos periodistas y académicos hayan asumido rápidamente que la estrategia política de Syriza también se ha formulado de manera explícita partiendo de la base de la orientación teórico-política de Laclau y Mouffe. Los estudios que hemos llevado a

cabo en el contexto del proyecto POPULISMUS no corroboran esta hipótesis¹². Está claro que Laclau y Mouffe han sido invitados a Grecia en varias ocasiones, ya desde los años setenta, por partidos de la coalición de Syriza. Está claro que un par de políticos y líderes de Syriza han estudiado en Essex. Pero la escuela de Essex nunca ha sido una influencia dominante en Syriza. Y a pesar de todo, el curso meteórico de Syriza constituye un caso de libro que ilustra la importancia de la teoría de la hegemonía y el populismo de Laclau para entender las políticas contemporáneas en el sur de Europa y más en general.

P.: ¿Qué ventajas teóricas y políticas tiene interpretar la realidad a través de diferentes conceptos que ha desarrollado la escuela de Essex como el populismo, la democracia agonista, la hegemonía, etc.?

R.: Laclau y Mouffe han propuesto un aparato conceptual extremadamente estimulante y productivo capaz de representar en detalle nuestra realidad social y política. Por esta razón, desde hace un par de décadas, muchos académicos lo han utilizado para producir esclarecedores análisis sobre una variedad de cuestiones empíricas, incluidas políticas de sobre la raza, ideología verde, populismo, etc.

Déjeme mostrar brevemente cómo esta gramática puede ayudar a concretar el análisis político usando el ejemplo de las políticas populistas. De hecho, el marco de la escuela de Essex puede aclarar en gran medida el carácter populista de discursos como el que articula Syriza. Alejándose de un uso vago y descuidado del término que acaba calificando de populista cualquier cosa, desde promesas vacías hasta retórica neonazi y xenófoba y, por el contrario, destacando las múltiples articulaciones del populismo y su potencial democrático e igualitario; Laclau y la escuela de Essex han presentado, desde su trabajo de los años setenta, una perspectiva innovadora y metodológicamente rigurosa. Como resultado, y a pesar de que la densa prosa filosófica que emplea en sus trabajos disuade a muchos investigadores empíricos de comprometerse seriamente con sus innovaciones conceptuales y metodológicas, Ernesto Laclau es hoy día considerado una referencia central en la literatura reciente sobre populismo. Su insistencia en los dos criterios mínimos que hacen posible una identificación diferencial del discurso populista ha sido defendida por estudios recientes (Canovan, Mudde y Kaltwasser). Al mismo tiempo, se ha intentado varias veces hacer operativa su teoría en los últimos diez años, haciendo más accesibles las herramientas que ha propuesto e insistiendo en los beneficios del análisis político comparativo (comparando, por ejemplo, América Latina con Europa).

Al intentar discernir si cierto discurso político es populista o no, la escuela de Essex destaca principalmente la importancia de establecer si la práctica discursiva que se está examinando: (1) se articula en torno a "el pueblo" eje conceptual o en torno a otros focos (no populistas o antipopulistas) y, (2) hasta qué punto la representación de la sociedad que ofrece es predominantemente antagonista, dividiendo la sociedad en dos bloques principales a lo largo de líneas de equivalencia: el *establishment*, el bloque del poder, contra los indefensos, "el pueblo" (en oposición a los discursos políticos dominantes en los que se asegura la continuidad del tejido social y se priorizan soluciones tecnocráticas y no antagonistas).

¹² Para más detalles sobre el proyecto, ver www.populismus.gr

El meteórico ascenso de Syriza en la política griega contemporánea, su promoción desde marginado político (atrayendo un mero 4,60% del voto en las elecciones de 2009) a un partido de gobierno (obteniendo el 36,34% de los votos en las elecciones de enero de 2015 y casi repitiendo resultado en las de septiembre de 2015) sirve de ejemplo. Las principales características del discurso hegemónico del partido incluían en primer lugar, mostrar una representación antagonista del terreno sociopolítico en la dicotomía nosotros/ellos —de hecho “o nosotros o ellos” fue uno de los lemas utilizados en las elecciones de 2012 y podía verse reproducido en los posters y panfletos de Syriza—; y en segundo lugar, elevar a “el pueblo” a una posición de privilegiado significativo político, el punto focal, representando el campo del “nosotros” de manera lo suficientemente flexible (con tendencias vacías) como para permitir que los diversos grupos y sujetos golpeados por la crisis se identificaran con esta posición¹³.

P.: ¿Es posible combinar un movimiento de izquierdas con el propósito hegemónico y la evidente pluralidad de visiones y sensibilidades de la izquierda Europea?

R.: La política hegemónica siempre trata de articular al pueblo en un bloque cada vez más unificado capaz de contestar un orden establecido, presentar un proyecto contra hegemónico coherente y atractivo y, eventualmente, ganar el consenso de las mayorías populares por largos períodos de tiempo. Obviamente, hay partes de la izquierda que han sido alimentadas por puntos de vista sectarios y comportamientos maximalistas y que se resistirían ante un proyecto de ese calibre, y aun así, muchas otras fuerzas (desde los proyectos radicales más dispares, de la democracia social tradicional a movimientos anticapitalistas o incluso partidos comunistas) podrían estar dispuestas a arriesgarse, como parecen indicar los recientes acontecimientos en Europa (desde la victoria de Corbyn en el Partido Laborista británico al nuevo gobierno de coalición en Portugal).

Con esto no quiero decir que un proyecto tal sea fácil. Obviamente, no existen garantías. El principal problema que veo es que, a pesar de toda su retórica internacionalista tradicional, una izquierda realmente europea no existe. Es algo que se tendrá que construir casi desde la nada en un mundo que parece dividido en fuerzas globales de agenda neoliberal y reacciones esporádicas a veces teñidas de una retórica nacionalista. Por ejemplo, uno no debería dejar de observar que el neoliberalismo —o mejor, el ordoliberalismo alemán— ya opera a nivel paneuropeo a través de varios mecanismos institucionales de coordinación —incluso algunos que operan *ad hoc* más allá de cualquier responsabilidad razonable como el Eurogrupo, que maneja el cotarro actualmente en la eurozona—. En contra de un rival tan formidable, la esfera pública europea queda fragmentada e impotente, y además con un demos europeo inexistente que no hace otra cosa que dar pie a la propaganda de extrema derecha. Incapaz de reinventar un proyecto a la vez pragmático y seductoramente igualitario a nivel europeo —o incluso global—, la izquierda quedará marginada, si no totalmente irrelevante.

P.: El movimiento 15-M en España y PODEMOS: ¿Cómo se pueden incorporar las demandas por una política horizontal en la estructura de un partido (necesariamente vertical)?

¹³ Para un análisis más exhaustivo del discurso entre líneas de Syriza, ver STAVRAKAKIS, Yannis y KATSAMBEKIS, Giorgios, “Left-wing Populism in the European Periphery: The Case of Syriza”, *Journal of Political Ideologies*, vol. 19, no. 2, 2014, ps. 119-142.

R.: La política es, por constitución, un terreno paradójico e impuro. La democracia liberal ha sido una paradoja en sí misma, tal y como han indicado C. B. McPherson y Chantal Mouffe, y aun así ha conseguido hegemonizar nuestro imaginario político durante bastante tiempo. El problema es el cambio de inclinación en la balanza donde se encuentran los diferentes componentes que constituyen esos marcos institucionales e ideológicos. Por ejemplo, en el caso de la democracia liberal, el componente liberal ha ido imponiendo progresivamente su dominación sobre el componente democrático igualitario hasta el punto de transformar la democracia liberal en lo que teóricos como Jacques Rancière y Colin Crouch han denominado una dirección "*posdemocrática*", una dirección que se parece en algunas de sus características al "*liberalismo oligárquico*".

Déjenme pasar ahora a la relación igualmente paradójica entre la horizontalidad y la verticalidad¹⁴. Se han visto recientemente en Estados Unidos y el mundo árabe, entre otros lugares, acontecimientos que han mostrado que los movimientos que operan únicamente en el eje horizontal, como por ejemplo Occupy Wall Street, han conseguido movilizar algunos sectores y ganar atención pública ofreciendo un discurso protopopulista (el 99% contra el 1%). Sin embargo, con el tiempo, han fracasado en sustentarse e influenciar en la toma de decisiones. Paradójicamente, los movimientos que decidieron seguir un curso diferente y relacionarse con la política vertical llegando a ser asociados con o adquiriendo formas de partido y disputando elecciones, aunque tuvieron más éxito combatiendo la hegemonía neoliberal a un nivel más central (a nivel de estado) al principio, han fallado de la misma manera cuando han intentado alterar sustancialmente el balance de poder y la avalancha de la austeridad en Europa. El record de Syriza y las limitaciones que se impusieron violentamente en su proyecto en 2015 puede servir de ejemplo a este respecto.

Parece claro entonces que ningún proyecto alternativo tendrá la posibilidad de sobrevivir y triunfar a menos que consiga combinar ambas dimensiones en una articulación funcional en la que una refuerce a la otra. Ahora bien, según la coyuntura, una de esas dimensiones (bien la vertical bien la horizontal) dominará obviamente el conjunto de la articulación, siguiendo la dinámica del antagonismo político. Parece crucial aun así que ambas necesitan ser operativas para tener una oportunidad, por mínima que sea, de influir en un cambio real y revitalizar la democracia europea. Laclau era muy consciente de esa necesidad, tal y como demuestra este extracto incluido en el último volumen que se ha editado de sus textos:

"La dimensión horizontal de la autonomía será incapaz, por ella sola, de traer un cambio histórico a largo plazo si no es complementado por la dimensión vertical de la «hegemonía» -es decir, una transformación radical del estado. La autonomía por sí sola lleva, tarde o temprano, a que los movimientos de protesta se disuelvan o se agoten. Pero la hegemonía que no se acompaña por acciones en masa a nivel de la sociedad civil lleva a una burocratización que puede ser fácilmente colonizada por el poder corporativo de las fuerzas del estatus quo. El cambio real para aquellos que buscan un futuro democrático es avanzar en la dirección tanto de la autonomía como de la hegemonía"¹⁵. ●

¹⁴ Esta relación ha sido aclarada al principio de la investigación sobre el discurso populista y la democracia incluida en el proyecto POPULISMUS.

¹⁵ LACLAU, Ernesto, *The Rhetorical Foundations of Society*, London, Verso, 2014, p. 9. N.d.T.: A día de hoy, este libro solo existe en su versión inglesa. La traducción que aquí aparece es de la propia traductora.

RELACIONES INTERNACIONALES

Revista académica cuatrimestral de publicación electrónica
Grupo de Estudios de Relaciones Internacionales (GERI)
Universidad Autónoma de Madrid, España
www.relacionesinternacionales.info
ISSN 1699 - 3950

 facebook.com/RelacionesInternacionales

 twitter.com/RRInternacional

